



EL BARCO
DE VAPOR

Jordi Sierra i Fabra

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

Història
de la ciutat
de Vila Rica
de Rio de Janeiro
al segle
XVIII

sm

Primera edición: abril de 2010

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2010
www.sierraifabra.com
© de las ilustraciones: Carlos Velázquez, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los que se aman
a través de la palabra escrita.*

LIBRO PRIMERO

LAS PÁGINAS ARRANCADAS

● 1

EL ARREBATO DEL AMOR

EN EL PRECISO INSTANTE EN QUE LA VIO, quedó prendado de ella.

Lo más hermoso, lo más singular, fue que la muchacha también le vio a él en ese preciso momento.

Y sus ojos fueron un reflejo de los suyos.

Era morena, de cabello muy negro, azabache. Lo adornaba con unas cintas de colores que caían sobre sus hombros, perdidas entre rizos de modo que su ligero tocado semejaba flotar, navegar en aquel mar armónico.

Su rostro era puro, de tez pálida en la que los ojos parecían dos perlas incrustadas por una mano divina, y los labios una pincelada rosada que ponía el toque de color más dulce.

Vestía un hermoso traje estival, igualmente blanco, con la falda rozando el suelo y una docena de brocados como único adorno. Sus manos sostenían un libro de cubiertas rojas que apretaba contra su pecho al andar.

Dos o tres pasos por delante, iban sus padres. Bueno, Eliseo dedujo que lo eran. Sin duda, gentes de noble cuna.

Tanto el hombre como la mujer vestían de forma impecable. Muchas de las personas que acudían al pueblo en verano, para descansar y disfrutar de sus aguas medicinales, descuidaban su apariencia, incluso en domingo, como era el caso. Un toque aquí, una permisiva dejadez allá, un descuido...

Ellos, no.

El hombre llevaba una levita que, aunque de paño ligero y apropiado, confería a su aspecto una nobleza peculiar. Sin duda, en la capital era alguien importante.

La mujer lucía con encanto y donaire un vestido igualmente oportuno, de moderado escote, talle ceñido y larga y acampanada falda que rozaba el suelo. Portaba una sombrilla con la que se protegía del inclemente sol en aquel cielo sin nubes, tan azul como debían de serlo los mares de los que hablaban los viejos del lugar, los que un día fueron a la guerra en grandes barcos y sobrevivieron a ella.

El rostro del hombre denotaba rigor, gravedad, la seguridad de los fuertes y de los que nunca han recibido una orden porque siempre las han dado todas. El de la mujer reflejaba dulzura. Bien mirado, recordaba el de su hija. Quizás se casase con solo unos pocos años más que ella, joven y hermosa.

Junto a la muchacha caminaba una institutriz de rostro severo, perfectamente uniformada. Su vestido era negro, con un delantal y una cofia blancos. Parecía un perro de mejillas flácidas y caídas, las cejas formando un sesgo oscuro por encima de los ojos, la nariz prominente.

Eliseo ya no iba a olvidar jamás aquel segundo.

Aquella mirada.

La suya.

La de la muchacha.

Nunca hubiera imaginado que, en un abrir y cerrar de ojos, la vida pudiera cambiar tanto.

Se olvidó de todo: de su mandado, de la hora, del día y del año.

Solo fue consciente de que su corazón latía más rápido. Nada más. Que sus piernas cambiaran de rumbo, que su mente se adentrara en un espacio blanco suspendido del tiempo, que perdiera toda razón, fue ajeno a su voluntad.

Los siguió.

Por la calle, por la plaza, en dirección a la iglesia.

Porque en un domingo por la mañana, las gentes de buena cuna acudían al templo para escuchar la palabra de Dios y renunciar por unos minutos a su nobleza. Allí todos eran iguales.

O eso creían.

Unos minutos no hacían daño a ninguna cabeza coronada.

Eliseo no apartó los ojos de la muchacha.

Calculó su edad.

Su corazón se paralizó cuando ella volvió la cabeza la primera vez.

La segunda vez, se aceleró, y estalló en su pecho la tercera.

Porque fue la de su sonrisa.

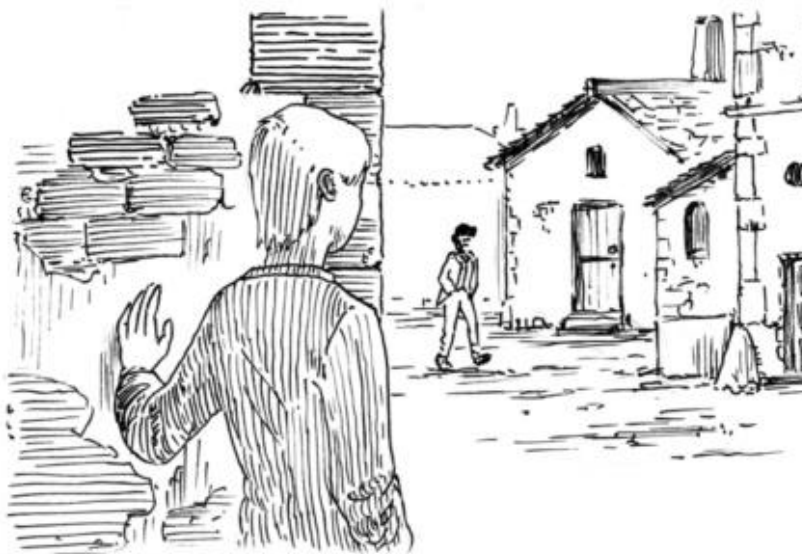
Dulce, evanescente, igual que un suspiro de la naturaleza.

Estaban ya en la plaza, a unos pocos pasos de la escalinata del templo. Los padres caminaban despacio, confiriendo a su porte todavía más prestancia. Inclina-ban la cabeza aquí y allá cuando los saludaban.

Se detuvieron en la puerta de la iglesia, para hablar unos segundos con otro matrimonio de no menos re-lieve social. Intercambiaron palabras, gestos, sonrisas, y luego presentaron a sus hijos. Por un lado, la mucha-cha; por el otro, dos gemelos, de unos nueve o diez años, acompañados también por su institutriz.

Eliseo estaba a unos pocos pasos.

Pero no podía escuchar la voz de su rayo de sol.



Otras dos miradas.

La segunda sonrisa, tímida, arrebolando sus mejillas de porcelana.

Luego, entraron todos en el templo.

Eliseo no supo qué hacer. Iba descalzo: hasta unos meses antes, nunca había tenido zapatos, y no tanto por viejos como por incómodos; prefería caminar sin ellos, sobre todo cuando iba con prisa y había que correr. Pero más allá de la desnudez en la parte de su cuerpo que tocaba la tierra, estaban sus ropas: los pantalones desgastados y sujetos a la cintura con una simple cuerda, la camisa raída, el pelo revuelto.

Su única luz era su rostro.

Eliseo desafió a su suerte y penetró en el templo.



Después de todo, era la casa de Dios.

Su casa.

La de todos.

Caminó por el lateral, oculto por la penumbra de la zona más oscura. Los gruesos muros, las columnas impedían casi que la luz llegara hasta allá abajo. El tono de recogimiento era absoluto, y el silencio, un grito superior al de las vendedoras en el mercado. Cada paso sobre las frías losas, a veces por encima de tumbas selladas hacía decenas o cientos de años, le hacía estremecer. Pero nadie reparó en él.

Los localizó nada menos que en la segunda fila. La primera era para las autoridades locales. La segunda y la tercera, para los feligreses más destacados. Quizás en el cielo también hubiese categorías, ¿cómo saberlo? No le importó el detalle, salvo por el hecho de que tenía que acercarse más al altar, quedar casi al descubierto.

Estaban sentados por orden. Primero, el cabeza de familia, junto al pasillo central. A continuación, su esposa. Luego, ella. La institutriz debía de haberse quedado más atrás.

La muchacha ya no sostenía su libro de cubiertas rojas, sino uno de tapas negras. Un misal o una biblia. Todos los bancos tenían cuatro de ellos situados en un cajetín frontal, debajo del apoyabrazos.

Ella sabía que él estaba allí.

Le buscó.

De manera comedida, discreta, sin apenas mover la cabeza. Primero por la derecha, después por la izquierda.

Al verle asomado detrás de una columna, sonrió más abiertamente.

Eliseo se ocultó.

No era un juego, era...

Se asomó de nuevo.

Cuanto más la miraba, más deseaba verla. Cuanto más la sentía, más gozaba del dolor de aquella herida. Cuanto más recibía aquellas sonrisas, más desnudo percibía su cuerpo, y su mente se deshacía como un azucarillo.

Le costaba respirar.

Entonces salió el sacerdote y dio comienzo la misa.

Durante los siguientes minutos, quizás media hora, quizás solo unos segundos, porque el tiempo dejó de correr, los dos mantuvieron aquel juego de miradas y roces en la distancia, ajenos al mundo, al margen de todo lo que no fuera su nueva realidad. Siguiendo el rito de la misa, se arrodillaron, se incorporaron, rezaron, se santiguaron, volvieron a arrodillarse, volvieron a incorporarse, volvieron a rezar...

Hasta que el oficiante anunció:

–*Ite missa est.*

Eliseo echó a correr para llegar de los primeros a la puerta de la iglesia. La cruzó raudo y llegó al pie de la escalinata, donde se sentó a esperar. Por primera vez sentía sus piernas agotadas, incapaces de sostenerle, como si el amor pesara.

Extraña palabra.

Nunca antes había pensado en ella.

La muchacha y sus padres, además de la institutriz, salieron de los últimos. Se detuvieron en la explanada superior para intercambiar algunas palabras con otras parejas. Cada vez eran más las personas que acudían al pueblo para tomar las aguas, y llegarían todavía muchas más, de otras clases y condiciones, cuando se inaugurara el balneario que estaban construyendo junto al río. Aquel sería un buen verano, sin duda alguna.

Prosperidad para todos.

Con la escalinata de por medio, aquella fue la mirada más larga de cuantas se hubieran dirigido.

Abierta.

Radiante y viva.

Hasta que la muchacha abrió su libro de tapas rojas, extrajo un lápiz de la parte dura de su cubierta y pareció escribir algo en una de sus páginas.

Segundo a segundo.

Cerró el libro casi un minuto después. Sus padres no se habían dado cuenta de nada. La institutriz permanecía a un metro de distancia. Solo Eliseo vio cómo ella arrancaba la hoja en la que había estado escribiendo.

La dobló en cuatro partes.

La ocultó en su mano.

Cuando los padres dieron por terminada la conversación, iniciaron el descenso por la escalinata ocupando la misma posición que a su llegada; es decir, ellos delante, y su hija y la institutriz, detrás. Eliseo se puso en pie.

Podía seguirlos.

Arriesgarse.

Ver...

Los cuatro cruzaron la plaza. La muchacha volvió la cabeza por última vez, solo para asegurarse de que él seguía pendiente de sus pasos.

Entonces se detuvo y se agachó.

Fingió atarse un zapato.

Y depositó la página arrancada al libro bajo una piedra, antes de incorporarse y alcanzar a su institutriz.

La sangre de Eliseo recorría su cuerpo a toda velocidad. Una carrera desbocada que le provocó sudores, le dejó la garganta seca y le azuzó las sienes hasta el punto de que su cabeza amenazó con estallarle si antes no lo hacía su corazón.

Echó a correr hacia la piedra.

Se agachó, miró a su alrededor y recogió la página del libro.

Ni siquiera la miró. La guardó en el bolsillo izquierdo de su pantalón, porque el otro tenía un roto, y al enderezarse vio cómo el padre, la madre, ella y la institutriz subían al carruaje que los esperaba en una de las esquinas más alejadas de la plaza.

La última mirada fue fugaz.

Luego, el carruaje se alejó y Eliseo se quedó solo.

Lleno.

Vivo.

● 2

LAS PALABRAS ESCONDIDAS

FUE CONSCIENTE DE SU TORPEZA, de lo que acababa de hacer, cuando el carruaje se perdió a lo lejos, en dirección a las afueras del pueblo. Allí se alzaban, ocultas entre los árboles, las villas más nobles, los viejos palacios y las residencias que solían alquilar para pasar el verano los visitantes más distinguidos de la localidad.

–¡Mi amo! –gritó volviendo a la realidad.

Y recuperó a duras penas el hilo de su vida.

Un sudor frío cubrió de pronto su cuerpo, allí donde unos segundos antes hubo tanto, tantísimo calor.

–Me va a matar... –gimió expulsando una bocanada de aire.

Echó a correr como alma que lleva el diablo, mientras su mente hilvanaba la mentira más convincente, la más difícil de comprobar. Sus pies apenas si tocaban el empedrado de las calles, allí donde lo había, o la tierra aplastada por las pisadas, allí donde el progreso o el dinero del ayuntamiento todavía no habían llegado. Conocía el pueblo como la palma de su mano por haberlo recorrido muchas veces con su amo, así que atajó

por los vericuetos más insospechados: saltó el muro de la casa del señor Pancracio y atravesó el patio de la señora Casparina. El primero no le vio. La mujer, sí.

—¡Eliseo! ¡Maldita sea tu sombra, gañán de los demonios! ¡Como vuelvas a cruzar por mi patio, te despellejo vivo! ¿Quieres que mis gallinas mueran de un susto?

Siguió corriendo. Tres calles, dos.

La mentira ya formaba una verdad en su mente.

Intentó dejar de pensar en la muchacha y en aquella página de su libro que le ardía en el bolsillo, para concentrarse en lo que se le venía encima.

La casa del doctor Quijano era la última de la calle, partiendo de la placita del Milagro. Se decía que allí, en tiempos inmemoriales, un rayo había caído del cielo sobre una mujer sin causarle ningún rasguño, chamuscando ligeramente su abundante cabellera.

Por ser domingo, apenas si se veía alguien fuera del amparo de su morada o de las cuatro paredes que lo cobijasen. La vieja señora Narcisa, en cambio, sí guardaba la vela a la puerta de su humilde casa, sentada como siempre en una silla mientras hacía encaje de bolillos.

—Tú siempre corriendo, tú siempre corriendo —rezongó al verle pasar—. Tarde o temprano tendrás mi edad, no hace falta que corras tanto.

Le tenía cariño y esa era su forma de demostrárselo. De hecho, medio pueblo se lo tenía.

Todos salvo su amo.

—¡Te voy a deslomar! —le amenazó nada más aparecer ante él, con un dedo imperioso que temblaba al apun-

tarle—. ¡Una hora! ¡Una hora para un mandado de diez minutos! ¿Se puede saber dónde te has metido, condenado?

—Señor, lo siento, pero...

—¡Habla!

—¡Si no me dejáis!

—¿Encima descortés con la mano que te da de comer tan generosamente? ¡Dame tus razones, aunque no sé siquiera si vale la pena escucharlas o es mejor que te dé directamente la paliza que mereces!

La fusta estaba en un rincón. Los dos miraron hacia ella.

—Decís que debo ser amable con las personas que nos visitan, ¿no es cierto?

—¿Qué tiene que ver...?

—Decís que gracias a ellas el pueblo prospera, y que la bendición de estas aguas va a conseguir que acudan a nuestras tierras los más ilustres prohombres de los alrededores, y hasta de más y más lejos.

—¡Exactamente! ¿Qué relación guarda eso con tu tardanza incalificable?

—Pues porque uno de nuestros ilustres visitantes me ha parado en la plaza y ha requerido mis servicios para que los acompañara, a él y a su familia, a una residencia donde pudieran pasar unos días. Se trataba de un hombre de noble porte y de su esposa. ¿Qué podía decirles? ¿Acaso era lícito que me fuera sin prestarles ayuda?

—¿Y has empleado una hora en señalarles el camino?

—¡Los he acompañado!

–¿Y qué te han dado a cambio?

–¡Nada, mi amo!

–¿Cómo que nada? ¿He de registrarte acaso? ¡Dame las monedas que te hayan ofrecido!

–¡Podéis registrarme! Si hubiera aceptado dinero a cambio de mi favor, hubiera dejado en muy mal lugar a nuestro pueblo, ¿no es cierto?

–¡Salta!

–¿Cómo decís?

–¡Que saltes! Dios sabe la mugre que llevarás en tus bolsillos. No pienso poner la mano en ellos. Si tienes aunque solo sea una moneda, caerá, y si llevas dos, tintinearán.

Eliseo saltó.

Una vez, dos, tres, con todas sus fuerzas, para demostrarle que no llevaba encima ninguna moneda. Su único miedo era que pudiera caer la página arrancada del libro, aunque dudaba mucho que su señor se inquietara por ello.

–De acuerdo –se apaciguó el médico, fatigado por la disputa–. ¿Qué te ha dicho el supervisor?

Hizo memoria.

Casi lo había olvidado.

–Que os espera mañana por la noche para cenar y acabar la partida de ajedrez que dejasteis a medias hace dos días. Eso me ha dicho, sí.

–Tuve que memorizar la situación de las piezas –el doctor Quijano exhaló una sonrisa hueca–. Ese tramposo es capaz de todo con tal de ganarme.

–Cualquiera sabe que sois un maestro en el arte del ajedrez.

–Eso es cierto –hinchó su pecho el hombre.

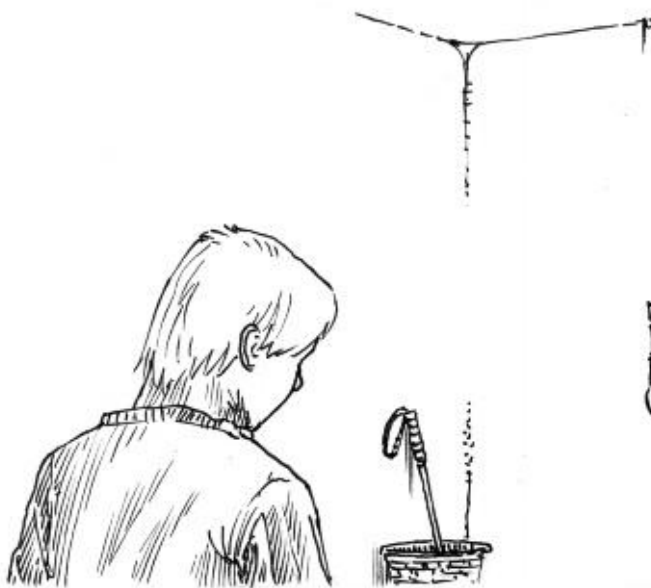
–Me gustaría tanto que me enseñarais...

Volvió a cambiarle la expresión.

–¿Enseñarte a ti? ¿Para qué? ¡No eres más que un inútil! ¡Para lo poco que me sirves, bastante hago con tenerte a mi servicio y darte de comer por mi buen corazón! –se rio un poco más, cargado de burlas–. ¡Jugar al ajedrez! ¡Tú! ¡Habrase visto!

Eliseo bajó la cabeza.

No le servía poco: le servía mucho, todos los días, todas las horas, y únicamente a cambio de un camas-



tro y la parca comida que su amo le dispensaba. Tan parca que casi siempre consistía en las sobras que él mismo dejaba. Y eso que, a falta de dinero, muchos enfermos le pagaban con alimentos: frutas, gallinas, dulces...

Encima, siempre estaba de mal humor.

Reñía incluso a los pacientes.

—¿Otra vez ese dolor? ¿Se puede saber qué haces, hombre? ¿Por qué no te cuidas más? ¿Crees que eres el único enfermo del pueblo?

Eliseo suspiró.

Por lo menos, se había detenido la tormenta.

Aunque el cielo siguiera nublado.



Y lo estuvo el resto del día. Aun siendo domingo, el doctor se lo pasó trabajando, según su costumbre, pues decía que aquel pueblo, pese a las aguas, debía de ser el lugar con más hipocondríacos y enfermos crónicos sobre la faz de la tierra.

A mediodía no le dio de comer.

Se olvidó.

—Tengo hambre, mi amo.

—¡Ya comerás más esta noche, holgazán! ¡Trabaja! ¡Siempre buscas excusas para no hacer nada!

Los lamentos y crujidos de su estómago no sirvieron de mucho.

Limpio y ordenó todo lo que el galeno dejaba en cualquier parte, y preparó las recetas con sumo cuidado, ya que si caía una gota de más o de menos, podía causar un grave quebranto al paciente que lo tomara; aunque en realidad una gota de menos era un ahorro, y una de más, un gasto terrible.

Cualquier error, Eliseo lo pagaba caro. No sabía leer ni escribir, pero había aprendido a dispensar recetas de la botica por los colores de los medicamentos o el olor de los ungüentos. En este sentido era listo, y su amo le había enseñado debidamente desde que era pequeño.

Además, las palizas le ayudaban a no despistarse.

Y eran muchas.

A lo largo de la jornada, no le quedó ni un momento para extraer la página del libro del bolsillo de su pantalón. Temía que le sorprendiera su amo, que se la qui-

tara y la echara al fuego. No tenía ni idea del significado de aquel gesto.

Una página de un libro.

¿Por qué?

¿Para qué?

Contó las horas.

Cada anochecer, el doctor Quijano iba a la tasca a tomarse un vino, o dos. Una costumbre «medicinal», según decía. Pasaba fuera de la casa alrededor de una hora. Regresaba más o menos achispado, cenaba y se acostaba. Eliseo lo hacía después, para cerrar debidamente las puertas y contraventanas.

Cuando el médico salió, no esperó ni un segundo.

Extrajo la hoja de papel, la desdobló y la contempló.

Se trataba de un dibujo exquisito, realizado por una mano dotada del mayor de los dones para el arte. En él se veía a un hombre joven, muy joven, de rostro limpio y mirada serena, rodeado de cuadros por todas partes.

Retratos, paisajes, naturalezas muertas, bodegones, marinas...

Por detrás, lo único que había eran letras, palabras.

Miró atentamente la ilustración del libro.

Buscó algún significado oculto.

Un artista, unos cuadros, nada más.

¿Había arrancado la muchacha una página al azar, con el único objeto de ofrecerle un presente?

De pronto, recordó las anotaciones que hiciera la muchacha con aquel lápiz.

Solo que allí no había nada escrito.

Ni por delante ni por...

Eliseo se quedó sin aliento.

No era la ilustración.

Se trataba de la página escrita.

La muchacha había subrayado algunas palabras y algunas letras.

¡Un mensaje!

¡Un mensaje escondido en aquel bosque de expresiones incomprensibles para él!

Se dejó caer sobre una silla, mitad sorprendido, mitad abatido. Sorprendido por la certeza de que aquella era una forma de comunicación improvisada por la muchacha. Abatido porque no estaba en su mano descifrar ese mensaje. No sabía leer. No sabía escribir. No era más que un aprendiz de todo, doctorado en nada, al servicio de un hombre que le trataba peor que a un esclavo.

Y así sería siempre.

No tenía futuro.

Volvió a mirar aquellas letras, aquellas palabras, prestando especial atención a las subrayadas.

Ella le estaba diciendo algo.

Algo que no podía...

Apretó las mandíbulas, se puso en pie, guardó la página arrancada y salió de la casa a la carrera dispuesto a todo con tal de no sucumbir a su ansiedad, aun a riesgo de llevarse una tunda si su amo regresaba antes que él.

pues rodeado de mi arte, los prodigios que mi mano pudiera trenzar sobre aquellos lienzos. Ah, sí, mi nombre.

Me llamo Ventura María Cifuentes y Portolés Medina. Por desgracia, mi historia os revelará por qué no soy conocido, por qué jamás habréis oído hablar de mí, y por qué mi obra no figura hoy en museos o grandes salones. Esa es mi pena. Mi dolor. Aunque mi vida estuvo llena por un solo segundo que valió por la eternidad, como veréis si leéis mi historia.

Y os preguntaréis: ¿puede compensar un segundo vivido intensamente toda una existencia? Yo os digo que sí.

Crecí en un tiempo inhóspito, entre guerras doblemente atroces en las que nada era sagrado. Personas asesinadas y casas destruidas, arrasadas por la furia del odio. ¿Qué hacía un pintor en mitad de la muerte? Yo huí, crucé valles y colinas, dormí sobre hielos blancos y sobre desiertos que el sol machacaba. Así llegué a la tierra del futuro, donde creí llegar a ser feliz.

¿Quién sino un gran señor podía entonces confiar en mí? ¿Quién sino mi nuevo rey, que me otorgó sus dones?

Increíble, ¿no es cierto?

Era un exiliado al que nadie hubiera prestado atención, y en muy poco tiempo pintaba a todos los grandes hombres y a las más hermosas mujeres del reino. Trabajaba cada día, incluso los domingos. Y era feliz. Oh, sí, feliz porque sentía en



El profesor Florencio vivía a media docena de calles de distancia. Era un buen hombre y un buen amigo, para el que la diferencia de edad no contaba. Tampoco la condición social. Siempre le insistía para que estudiara, aprendiera y mejorara como ser humano.

Un esfuerzo baldío. Si con veinticuatro horas al día el doctor Quijano se quejaba, asegurando que no cumplía con sus obligaciones, ¿cómo pensar siquiera en perder una o dos en la escuela, o en la misma casa del maestro, puesto que le había asegurado que le atendería en ella para ayudarlo?

Llamó a su puerta jadeando.

Cuando el hombre abrió, se coló dentro y le puso la página frente a los ojos, sin mediar un saludo de buenas noches.

—¿Qué dice aquí? —le suplicó—. ¿Qué mensaje se oculta en esas letras y palabras marcadas con lápiz? ¡Por favor!

El profesor Florencio tomó la hoja de papel.

Se acercó a un candil.

La llevó a sus ojos.

Y durante unos segundos, no dijo nada.

Al recién llegado se le hicieron eternos.

—Vamos, vamos —le apremió Eliseo.

—¿Qué es esto? —el maestro frunció el ceño.

—¿Acaso no lo veis? ¡Un mensaje! ¡Por Dios, decidme cuál es su naturaleza!

—¿Quién te lo ha dado?

—¡Oh! —se desesperó—. ¡Vais a ayudarme o no?

El rostro del profesor Florencio empezó a iluminarse con una expresión que recogía en parte su asombro, pero también un primer chispazo de comprensión.

Volvió a llevarse la página arrancada a los ojos.

Y leyó:

–Me llamo... E... lena... me... hosp... e... do... en la... casa... de... la... colina... dor... a... d... a... ¿Quién e... r... es? I... re... al... t... emp... l... o... cada... domingo.

Eliseo tuvo que apoyarse en la mesa. Las piernas se le doblaban.

Su mente buscó un atisbo de paz.

La sonrisa del maestro se acentuó.

Cómplice.

–«Me llamo Elena. Me hospedo en la casa de la Colina Dorada. ¿Quién eres? Iré al templo cada domingo»
–repitió el mensaje uniendo ahora todas las palabras para darle sentido.

Se llamaba Elena.

Vivía en la suntuosa mansión de la Colina Dorada, una de las más nobles y egregias del pueblo.

Era tan inalcanzable como la Luna vista desde la Tierra.

–Eliseo...

–Ella...

–¿Ella?

–Arrancó esa página después de marcarla y la depositó bajo una piedra para que yo...

–¿Un flechazo?

–¿Qué?

–Un flechazo –asintió el hombre al ver su expresión inocente.

–Yo...

–Vamos, despierta –le hizo sentarse en una silla–. ¿Quién es esa tal Elena?

Eliseo se enfrentó a los ojos del maestro.

–No lo sé. Jamás la había visto. Hoy... –sintió un nudo en la garganta y trató de quebrarlo al decir–: Es lo más hermoso que nunca haya podido contemplar.

–Pues a ella tampoco le has resultado indiferente –agitó la página en su mano.

Eso era cierto.

El mensaje abría una puerta.

–Sabiendo dónde se hospedan, no será difícil averiguar quiénes son, ¿no te parece? –suspiró el profesor Florencio viéndole tan apurado–. Pásate por aquí mañana o pasado.

–Sus padres son personas muy importantes.

Lo dijo con el mayor de los desalientos.

–Será mejor que regreses a casa antes de que a ese necio del doctor Quijano le dé por apalearte si descubre tu ausencia a estas horas. Tú déjalo de mi cuenta –le entregó la página del libro.

–Gracias –reaccionó a duras penas Eliseo.

No supo cuándo ni cómo se había levantado de la silla, ni de qué forma se despidió del maestro y llegó a la calle. Tampoco hubiera podido calibrar el tiempo que se demoró en el camino de regreso, paso a paso, hipnotizado y con la cabeza muy lejos de allí.

Pero tuvo suerte.

Acababa de entrar en la casa cuando reapareció el doctor Quijano, soltando rayos y centellas por la boca por algo parecido a una discusión mantenida en la tasca con alguno de sus parroquianos.

—¡La próxima vez que le duela algo, le pondré sanguijuelas, cataplasmas ardientes, le daré brebajes asquerosos! —fue directo a la mesa—. ¡¿Está la cena?! ¿A qué esperas, bribón? ¡Me parece que hoy irás a la cama caliente, y sin cenar! ¡Que me tienes harto! ¿Me oyes? ¡Harto!

● 3

LOS MONTEAGUDO

OTRO DÍA DE TRABAJO.

Hora tras hora.

Y aquel mensaje repicando en su cabeza:

«Me llamo Elena. Me hospedo en la casa de la Colina Dorada. ¿Quién eres? Iré al templo cada domingo».

¿Qué misterio se escondía detrás de aquella presentación inesperada? ¿Qué hermosa intención ocultaban las palabras señaladas por Elena? ¿Qué promesa trenzaban, indicándole dónde vivía y de qué forma podían verse los domingos?

Tantas preguntas...

Fue un día extraño.

Maravilloso, por el recuerdo de su visión, y tenebroso, porque todo le salió mal; cometió tantas equivocaciones que, al final, su amo midió los huesos de su espalda con la fusta reservada para las grandes ocasiones.

Eliseo apretó los puños, sin llorar.

Hacía ya mucho que no lloraba, desde que dejó de ser un niño.

El tiempo transcurría tan despacio...

A mediodía no tuvo hambre.

–¿Estás enfermo? –le preguntó el médico.

–No –dijo él.

–¡Te prohíbo que lo estés!, ¿me has oído? ¡Justo ahora, empezando la temporada, con el pueblo lleno de visitantes ilustres y achacosos! ¡Ay de ti si enfermas y me haces perder el tiempo o los clientes!

–¿Y si me muriera? –preguntó lóbrego.

–¡No sabes el alivio que eso representaría para mí! –barbotó su amo–. ¡Podría coger a un verdadero ayudante, que aliviara toda la presión de mi trabajo y fuera un eficaz colaborador, no como tú, truhán!

A un verdadero ayudante tendría que pagarle.

Eliseo no le respondió.

¿Por qué, de entre todos los chicos del pueblo, él tenía tan mala suerte?

¿Por qué tuvo que quedarse huérfano, primero de padre y después...?

¿Por qué su madre era la criada del doctor Quijano?

¿Por qué?

Contó las horas del día. El doctor Quijano recibió catorce pacientes e hizo dos visitas a domicilio, que eran las que peor le sentaban. Decía que acudir a las miseras casuchas de los vecinos le deprimía. Según él, los pobres olían mal y llevaban el sello de la perdición impreso en sus rostros.

–¡Yo merecería un monumento en este pueblo! ¡Una estatua en la plaza! –se quejaba a veces–. ¡Podría estar

ejerciendo en la capital, atendiendo a la nobleza, ganando mucho dinero por el desempeño de mi docto trabajo! Pero soy tan buena persona que aquí me tienes, Eliseo. Dispuesto a ser generoso y ayudar a los demás, aunque no lo merezcan. Todo por el juramento que presté al doctorarme. ¡Ah, sin duda tendré un buen lugar en el paraíso dentro de muchos años, cuando el buen Dios tenga a bien llamarme!

El doctor Quijano era un viejo repulsivo, así que lo de los «muchos años» tenía cierto sabor a eufemismo.

A medida que se acercaba la hora de la salida vespertina de su amo, Eliseo empezó a ponerse nervioso.

Casi rompió un bote de cristal con una solución de alcanfor y hierbabuena, uno de los «inventos» curativos del médico.

Al último paciente estuvo a punto de decirle que regresara al día siguiente, que la consulta ya había cerrado. Por desgracia, el doctor tenía buen oído.

Menos mal que lo despachó rápido.

Y por fin...

–Voy a la tasca. Limpia esto y prepara la cena. ¡Que todo esté dispuesto para cuando vuelva! ¡Estoy tan cansado que no sé si podría volver a azotarte, maldita sea!

Se fue.

Eliseo se asomó a la puerta. Le vio desaparecer. Contó hasta diez. Por si acaso, limpió lo más visible y puso la mesa. Con suerte, dispondría de tiempo suficiente para calentarle la sopa, freírle dos sardinas, cortar el pan y servir el agua antes de que regresara.

Si no era así, cansado o no, su amo le mandaría caliente a la cama.

Llegó a casa del maestro tan a la carrera como el día anterior. Cuando el profesor Florencio le franqueó el paso, no tuvo que preguntarle si disponía de la información que con tanta ansiedad había aguardado. La sonrisa del hombre disipó cualquier duda.

–Siéntate.

–Lo sabe, ¿no?

–Vamos, siéntate.

–Por favor, he de regresar de inmediato. Si él descubre que me he escapado...

–No sé qué haces con ese energúmeno –lamentó el profesor Florencio.

